

En el altar se cumple en la sombra de la fe, el incomparable misterio en que el hombre encargado de consumarlo, se siente harto débil para soportar el peso de la autoridad que se le confía; el hombre gobierna en ese instante á Dios, y Dios obedece al hombre. Allí el sacerdote le manda que descienda para encarnarse é inmolarse; y Jesucristo desciende para que se cumpla la palabra que dió al sacerdote una potestad superior á todas. Donde quiera se ve el sacerdote rodeado de una atmósfera divina; pero en el altar está unido con Dios; allí deja de ser hombre en parte, por no decir completamente, y se presenta á los ojos de la fe confundido con la divinidad; los fieles que asisten al sacrificio de la misa, ven en él á Dios; y obtiene á un mismo tiempo dos triunfos; el de merecer el premio de Jesucristo y el respeto de los hombres que le ven facultado para ofrecer á Dios en el sacrificio.

¡Ah, señores! figuraos por un momento que contemplais todas las grandezas del templo de Salomon; imaginaos todo el respeto que debia difundir en el alma de aquel pueblo de Dios el resplandor de unas ceremonias que hacian comparar á aquel templo con el vestíbulo del cielo: pues bien, nada de eso es comparable con la respetabilidad que infunde al pueblo el sacerdote católico cuando en medio de la pompa del sacrificio, y adornado con todas sus vestiduras, eleva ante los asistentes á la Víctima inmolada por la salvacion del mundo entero entre las luces que iluminan el santuario, los perfumes y el incienso; y cuando al compas de la música, voces robando, por decirlo así, sus armonías al cielo, entona, no bajo las

bóvedas del templo, sino en el alma de los cristianos, el ; *Oh salutaris hostia!*

Tal es, señores, el sacerdote, en cuya frente brilla la grandeza de tres autoridades formando una sola. Tan grande es esta autoridad, que la fe del cristiano ve en el sacerdote que aun fuera de él la lleva consigo como una emanacion sagrada. Entonces mismo, cuando aparece confundido humildemente entre la multitud, esa fe cristiana lo distingue y lo separa de entre los demas, cercándole de invisibles respetos. No ignoro, señores, que hoy en las grandes ciudades, donde se mezclan todas las doctrinas, y donde todas las virtudes y todos los vicios se juntan sin confundirse, se desconoce con frecuencia la autoridad de los sacerdotes y el respeto que infundir deben entre los verdaderos creyentes; pero si quereis persuadiros de que todavía no ha perdido el sacerdocio el prestigio que ha tenido, y de que puede contribuir en gran manera á aumentar el respeto que se debe á la autoridad, trasladaos á los puntos en que nuestra sociedad permanece cristiana, y ved lo que sucede en ellos cuando un párroco visita sus pueblos, cuando un obispo recorre su diócesis. Si en la iglesia veis al padre bendiciendo á sus hijos, allí encontráis al sacerdote bendiciendo á los fieles en nombre de Jesucristo. ¿Veis á ese hombre que entre la multitud conmovida muestra en sus labios la sonrisa, la majestad sobre su frente y el amor en su corazon? ¿Es por ventura un padre en medio de su familia, un monarca en medio de su reino? Podréis decir que es lo uno y lo otro; tanta dulzura y majestad lleva sobre su rostro; tanto así recoge de respeto y amor por to-

das partes. Los hombres, las mujeres, los ancianos y los niños, los niños sobre todo, le salen al encuentro y le dan mil pruebas de veneracion, porque ese hombre es el padre de todos y todos ven en él la imagen de Jesucristo. Contemplad á ese sacerdote cuyo corazon ama á todos y bendice á todo un pueblo que recibe religiosamente su santa bendicion; contemplad ese grupo, señores, y comprenderéis sin trabajo cuánto hace el sacerdote cristiano para arraigar en los pueblos la idea de la autoridad y el respeto que deben tributarle. ¿Quién de nosotros, señores, al llegar á la edad caduca deja de recordar con placer las veces en que siendo niño recibió la bendicion de un sacerdote?

¿Y qué dirémos del que siguiendo un camino errado deja resbalarse por la pendiente del mal y trabaja en silencio por destruir el prestigio que desde hace tiempo disfruta esta divina autoridad empleándolo para arraigar en las naciones el órden y la paz?

III.

Fáltanos todavía, señores, hablar de otra de las autoridades creadas por el cristianismo para guiar á la sociedad por la senda del progreso. Mas allá del hogar doméstico, en que los niños aprenden de sus padres á respetar la autoridad de Jesucristo; mas allá del templo en que los fieles veneran en el sacerdote esa misma autoridad, está la patria, señores, y en ella

nos enseñan á respetar en la persona del monarca, la autoridad de Jesucristo. La monarquía cristiana es el tercer tipo de autoridad empleado por el cristianismo para que las naciones progresen, socialmente hablando. En la monarquía cristiana se reúnen, señores, tres grandes cualidades: el amor paternal, la dignidad sacerdotal y la majestad de la patria. La monarquía cristiana, santificada por la Iglesia para dicha de los pueblos, recibe de Jesucristo una dignidad que la hace respetable como al sacerdocio, y un amor que le asimila al padre de familia; y recibe al mismo tiempo una fuerza moral tan grande, que la habilita para que ella sola forme el escudo que debe amparar á toda la nacion.

No examinaré las opiniones de los filósofos acerca de las causas y los sucesos que han contribuido en las sociedades modernas á la formacion de las monarquías: no quiera Dios que perdamos el tiempo estudiando sistemas, cuando la claridad de nuestra historia basta para probarnos una de las cosas mas grandiosas hechas por Dios en la tierra para guiar á los pueblos por la senda de la obediencia: hablamos de la autoridad moral personificada en nuestros reyes cristianos.

Este asunto es tan importante, que nos ofreceria campo para que le dedicáramos un discurso; pero estamos haciendo una ligera reseña de los elementos que mas contribuyen al progreso social, y nos bastará con fijar nuestra atencion en sus puntos principales. Lo que en primer lugar ha hecho de la monarquía cristiana la fuente del progreso social, ó sea el primer elemento de vida que han recibido los pueblos,

ha sido ese triple carácter que la rodea y de que he hablado al ocuparme de la autoridad de la Iglesia. La monarquía cristiana ha poseído sobre los que se han agrupado á su alrededor, un verdadero dominio moral; semejante á la Iglesia, ha ceñido en su frente una corona divina, y de su divina Madre, de quien es el hijo primogénito, heredó el anhelo con que procura mejorar la suerte de la humanidad. La monarquía cristiana se vió rodeada desde luego de un respeto y de una autoridad sin límites, porque el mundo cristiano conoció cuáles eran sus atributos, cuáles sus principios y cuál su mision en la tierra. Y así como la Iglesia, está investida de la autoridad de Jesucristo y ostenta en sí el reflejo de sus grandezas.

Los observadores superficiales creen que al reconocer la monarquía una autoridad superior á ella, perdía á los ojos de la humanidad una parte de su grandeza; pero precisamente porque reconoció la superioridad del gobierno espiritual creado por Jesucristo, cimentó mas y mas su poderío. Los gobiernos escépticos ó ateos, miran, ó por lo menos fingien mirar la autoridad espiritual de la Iglesia como una hipótesis; segun ellos, es una autoridad á la cual solo han de considerar como tal porque la apoya todavía la fe de los pueblos. Pero los monarcas cristianos la creen y la consideran como una autoridad verdaderamente divina. En vano nos alegarán para sostener sus errores, los conflictos ocurridos mas de una vez entre la Iglesia y los reyes católicos. Solo los ignorantes podrán dar algun valor á tales argumentos, pues á pesar de esos conflictos, siempre fué y es un dogma de fe el poder espiritual; ningun poder tem-

poral lo negó; todos nuestros reyes cristianos, sin exceptuar uno solo, respetaban á la Iglesia, madre suya, de quien se consideraban hijos primogénitos, y excepto algunos casos particulares que no discutiré, la prestaron siempre obediencia.

Al reconocer las monarquías la autoridad espiritual, no hacian sino afianzar su propia grandeza, pues arraigaban en sus pueblos la certidumbre de que debe existir una obediencia sublime porque existe una igualdad sublime. Si con signos de verdadera humildad cristiana inclinaban la frente ante una potestad superior á ella misma, les enseñaban con ese ejemplo que, no por obedecer á un superior se deja de ser grande, y que el respeto es tan grande, que ensalza á los mismos reyes. Los pueblos se acostumbraban á venerar á sus príncipes viendo que estos veneraban á Dios, porque comprendian mas y mas la igualdad cristiana: orgullosos y contentos se veian junto á sus reyes á los piés del mismo altar y en obediencia iguales, conservando cada cual su dignidad propia. La obediencia de los reyes que influía en el ánimo de sus súbditos dándoles ese ejemplo de humildad, y la fraternal igualdad con que podian por otra parte los súbditos ponerse al nivel de sus reyes, contribuyeron de tal modo al progreso social de las naciones cristianas, que solo los ignorantes dejarán de conocerlo; los que tengan algun criterio y no se dejen llevar por el espíritu de partido, opinarán como nosotros. Si quereis ver el tipo admirable de un monarca cristiano, fijad un momento los ojos en el emperador Teodosio, á quien un sacerdote católico llamado Ambrosio, detuvo en el umbral del templo; y ved á Teodo-

sio que para probar que era grande, reprimió su cólera y dominó su orgullo, y mas digno creyó obedecer un mandato espiritual que se le dirigia á nombre de Jesucristo, Rey de reyes, que ejercer el imperio que tenia sobre las naciones.

Lo que mas grande y respetable hacia la monarquía, era el principio divino de autoridad de que ella misma se consideraba investida, y que la acompañaba en todas partes. Cualquiera que fuese la causa á que debiese su instalacion una monarquía, ora á un nombre poderoso ó á una herencia de muchos siglos; hija de una larga carrera de hazañas ó del voto popular, una vez aceptado el principio, una vez arraigadas las raices del naciente trono, este se veia rodeado de una aureola divina; las raices del árbol crecian y se fortalecian en la tierra para dar vigor al tronco; pero la sávia divina que descendia del cielo hacia brotar en él ramas que eran otros tantos reyes que aumentaban el esplendor de la planta real. Como quiera que inspirase Dios esa autoridad, él era al fin quien la inspiraba; y al sellarla con el signo de su divinidad, la ensalzaba con el signo de su autoridad.

Dicen que cuando los navegantes se encuentran en un punto dado del mar más de una vez en sus viajes, al llegar á ese punto se saludan dándose recíprocas muestras de grande entusiasmo. Los que navegan en el océano de la verdad, se encuentran tambien más de una vez en el mismo horizonte. Esto es lo que me sucede á mí en este momento, señores, y deseo que entusiasmados como yo, saludeis al genio que dijo hace doce años en este mismo lugar las siguientes palabras: "Las monarquías cristianas deben

su prestigio, no á la fundacion de su poder, sino al carácter sagrado que las inviste. Cuando en una nacion brote naturalmente una autoridad como brota en el Líbano una palma, yo, Jesucristo, iré á sentarme bajo su sombra, me infiltraré en su corteza, y desde ese instante mismo seré su sangre, su vida, su fuerza y su duracion. Vosotros habréis formado esa autoridad, y yo la consagraré para que sea mas duradera."

Aplaudamos juntos, señores, estas palabras pronunciadas en este mismo lugar, y cuyo eco resonará en el mundo con un encanto cada vez mas creciente. Nadie podia pintar con un colorido tan vivo como lo hizo el padre Fray Enrique Domingo Lacordaire el misterio oculto de la autoridad conquistada por los reyes cristianos durante tantos siglos. Como quiera que se efectuara, preciso es convenir en que Jesucristo inspiraba algo divino en su existencia, pues la Iglesia, el rey y el pueblo así lo creian juntos y juntos vivian en una misma creencia.

Lo que los pueblos, pensando con mas acierto que los sistemas, entendian por derecho divino, provenia de su persuasion íntima de que el rey era en la tierra el representante de Dios que le habia inspirado y vivia en él y mandaba en él; persuasion arraigada en sus almas desde siglos hacia. Convencidos de que Jesucristo le habia animado con su soplo divino, y de que su autoridad emanaba de él, sin ninguna repugnancia guardaban á su rey una obediencia, un respeto y un amor sin límites. En vano preguntaban los filósofos; qué cosa es el derecho divino? Los pueblos, á quienes nada importaba la definicion de ese derecho, lo conocian y respetaban por instinto; porque la

Iglesia, para que ese derecho fuese mas respetable y mas grandioso, procuraba, por medio de sus augustas ceremonias, hacerlo brillar con nuevo esplendor todos los dias, dándole un prestigio que grababa en los pueblos, de una manera imperecedera, toda la grandeza que les rodeaba y el respeto de que eran dignos. Bajo este punto de vista podemos considerar á Carlomagno como tipo de la monarquía cristiana, porque despues de haber pedido á Roma la consagracion de su imperio, trajo á la Galia su majestad de emperador enaltecida por la bendicion de un pontífice.

Preciso es convenir en que la monarquía cristiana ha logrado atraerse el amor y el respeto de los pueblos; porque ademas de las causas que á ello contribuian y que hemos explicado ya, contribuia tambien el afan con que se consagraba al bienestar de los pueblos: la monarquía era un servicio público en bien de la humanidad. Cuando los reyes ceñian la corona con todas las ceremonias propias de un acto tan solemne, prestaban el juramento de ejercer el poder que les venia de Dios en bien de los pueblos. Podrán decirnos que alguna vez estos juramentos fueron quebrantados, y tendrán razon; pero yo recordaré que somos mortales, y que fácil es cometer un error, sobre todo, cuando se exigen de nosotros sacrificios. Y sin tener en cuenta los casos parciales que pudieran citarse, confirmamos que el monarca cristiano debia creerse y se creía realmente llamado por Dios para desempeñar tan elevada mision; es decir, la de consagrarse al bien de los pueblos. Esa creencia profunda fué la que poco á poco hizo desaparecer de la frente de los

monarcas franceses esa esperanza que habian heredado de la barbarie, que fué su cuna; y á ella se debe esa majestad que, aumentada por el derecho divino de que se hallaban visiblemente investidos, imprimia en ella cierta dulzura que hacia considerar á nuestros monarcas mas bien como padres que como reyes.

Hemos dicho antes, que Teodosio, humillándose á la puerta de un templo ante las palabras de Ambrosio, y Carlomagno, recibiendo de un pontífice el signo de la potestad de Dios, son dos tipos del monarca cristiano; ahora agregó que el verdadero tipo del monarca cristiano lo tenemos en San Luis, rey de Francia, cuando dejando el palacio y sus pompas se dirigia al hospital de Dios para humillar ante los pobres de su buena ciudad de Paris, con su corazon de padre su majestad de rey.

Tal fué, señores, la monarquía cristiana. Semejante á la Iglesia, estaba revestida de un signo divino, y como ella se consagraba al bien comun, reconocia la superioridad de la Iglesia sobre todo lo humano; y con el respeto, obediencia y amor que profesaba á la Iglesia, se atraía el respeto, obediencia y amor de los pueblos. Así cruzó generaciones en medio del popular entusiasmo bendiciendo á los hijos de la patria como bendice el sacerdote á los fieles y el padre á sus hijos. En esas manifestaciones puras, hijas del entusiasmo y del sentimiento religioso, los súbditos lloraban de gozo al ver desfilar á su vista la comitiva del rey, como si Dios fuera el que pasara. La monarquía cristiana llegó sobre todo al grado mas alto de grandeza y esplendor cuando se consagró llamándose Felipe-Augusto, Cárlos VII, Luis XII ó

Enrique IV; así la vimos todavía á fines del siglo pasado, hasta que, sacudida ya por el soplo de la Revolución que mugía como una tempestad encapotando el horizonte de la Francia, pasó de Reims á Paris en medio de un pueblo conmovido que acompañaba tierna y respetuosamente al mejor de sus reyes; entonces la monarquía se llamaba Luis XVI.

Podemos decir que las tres personificaciones augustas de la autoridad paternal, sacerdotal y real, ejerciendo en las sociedades cristianas toda su influencia moral, cimentaron en la sociedad el respeto, la obediencia y el amor de los pueblos.

Quizá alguno nos preguntará si hemos terminado ya nuestro asunto y demostrado suficientemente por medio de los grandes caracteres que trazamos, todo lo que hizo Jesucristo, valiéndose de ellos, para que el progreso social siguiera su marcha determinada. Si contestáramos que sí, ninguno de nuestros oyentes podría persuadirse de ello, porque nos falta hablar del último tipo de la autoridad para coronar el edificio social que hemos tratado de construir.

IV.

Fáltanos ahora, señores, buscar una entidad que reuna en sí las tres clases de autoridad de que hemos hablado. Jesucristo se encargó de completar su obra milagrosa creando una autoridad con la cual no puede compararse ninguna en el mundo: esa autoridad es el *Papado*. Efectivamente, señores, reúne el

papado la autoridad paternal, la sacerdotal y la real. Figuraos lo mas tierno de la paternidad, lo mas venerable del sacerdocio y lo mas augusto de la monarquía; reunid esas tres cualidades en una sola frente, despues de haberlas amalgamado formando un conjunto armonioso, y tendréis el tipo del papado; quizá lograréis comprender así de una manera clara la autoridad de Jesucristo, de la cual es este el mas brillante reflejo en la tierra.

Existe una autoridad que bajo formas variables vive con una majestad que nunca varía, como que es la mas completa personificación de la autoridad de Dios en la tierra; autoridad que toca con una mano todas las miserias humanas y alcanza con la otra hasta el trono de Dios; una autoridad que tiene por campo el mundo entero y goza del derecho de estenderse por todos los ámbitos de la tierra, porque recibió como legado el universo; una autoridad que tiene por duración el conjunto de todos los siglos, y que apoyada en una palabra eterna, pasa inalterable por entre el desquiciamiento de los tronos y las revoluciones del tiempo; una autoridad que tiene tras de sí un pasado de mil novecientos años, y delante de sí un porvenir que de siglo en siglo la llevará hasta la eternidad; una autoridad bajo cuyo dominio están el hombre civilizado y el hombre salvaje; que hace doblar la cerviz del humilde campesino y la del poderoso rey, sin que ninguno, pobre ó rico, humilde ó soberbio, grande ó pequeño, pueda legalmente dejar de obedecerla; una autoridad que gobierna á la humanidad entera y á cada hombre en lo particular y en todas sus facultades; la inteligencia le está sujeta porque todo lo